

## ***El cielo a tiros* de Jorge Franco, o la polémica celebración de la Alborada en Medellín**

**Françoise Bouvet / Université Rennes 2**

Cuando llega diciembre, Colombia entera se prepara para despedirse del año que está por acabar, y por todo el país se multiplican las celebraciones, del Día de las Velitas el siete de diciembre hasta la Fiesta de fin de año, sin olvidar la Navidad que tradicionalmente viene anunciada por la Novena de Aguinaldos con sus villancicos.<sup>1</sup> Pero en Medellín, el mes decembrino se abre con una fiesta propia de la ciudad, la Alborada, una noche de voladores y pirotecnia que enciende cada año pasiones y debates.

Tanto es así que, al escribir *El cielo a tiros* en 2018, el novelista Jorge Franco decidió conferirle al evento un protagonismo muy particular. El autor ya había elegido Medellín como telón de fondo en *Rosario Tijeras* (1997) y en *El mundo de afuera* (2014). *El cielo a tiros* vendría a concluir una trilogía que el autor considera como no programada y en desorden: primero vendría *El mundo de afuera* cuya acción se desarrolla durante los años previos a la llegada del narcotráfico, luego *Rosario Tijeras*, con esta joven medellinense de los años 1980 que se ha convertido al sicariato para aislarse de la violencia aterradora de las calles. Después de esta novela, que Jorge Franco presenta como una fiesta loca donde “hay muertos, sexo, drogas excesos y peleas”, el autor ve *El cielo a tiros* como “la resaca, el guayabo de esa fiesta” (Quintero, 2018). En esta novela, Jorge Franco se interesa esta vez en los hijos del narcotráfico, mostrando cómo las culpas de los padres siempre acaban repercutiéndose en las siguientes generaciones. Nos cuenta la historia de Larry, un joven que regresa a Colombia doce años después de la desaparición de su padre, Libardo, el cual está presentado en el libro como el brazo derecho de Pablo Escobar. La trama se construye con un permanente juego de saltos temporales, una alternancia de capítulos que remiten a tres momentos distintos del relato. Unos se desarrollan en 1993, cuando Larry tenía 17 años y asesinaron a Pablo Escobar, evento que tuvo consecuencias irreparables en su vida y en su familia. Otros se centran más en una reflexión acerca de la temática del duelo del padre. En ellos, la acción ocurre años después, en un avión, cuando han informado al joven de que por fin han encontrado los restos de su padre en una fosa común y él decide volver a Colombia para reconocerlos y enterrarlos. La tercera serie de capítulos se centra en la difícil vuelta después del exilio: cuenta la misma noche del regreso, la del 30 de noviembre de 2005, cuando los amigos de Larry vienen a recogerlo al aeropuerto de Medellín, y en vez de

traerlo a casa de su madre como lo pide él, lo sumergen en las celebraciones de la Alborada.

Si bien estos últimos capítulos, con su sinfín de tribulaciones, podrían a primera vista parecer más fútiles, tal no es el caso ya que las festividades de la Alborada le permiten a Larry reconectar con su ciudad y esbozar un balance de la evolución de su país desde que se ha ido. ¿Qué revela la Alborada pintada por Jorge Franco acerca del proceso de reconstrucción de la sociedad colombiana –y más particularmente antioqueña– tras la caída del Cartel de Medellín? Después de analizar todas las facetas que de esta celebración recalca Jorge Franco en una narración pluri-sensorial, entenderemos que uno de los aspectos más polémicos de la Alborada radica en sus turbios orígenes. Cotejando lo que es esta fiesta en la realidad y la representación ficcional que nos propone de ella *El cielo a tiros*, veremos cómo Jorge Franco consigue mostrar que la Alborada se puede entender como una continuidad de la violencia mafiosa que conoció Medellín, uniendo su voz –y sobre todo la de su narrador– a las que se alzan desde hace algunos años en contra de dicha celebración.

### **Una fiesta de luces y ruido**

Con cierto suspenso se instala la Alborada en la novela. Aparece nombrada por primera vez en el capítulo 1 como elemento alegre, pero algo misterioso para quienes no conozcan las costumbres medellinenses: “Anímate que hoy es la Alborada”, le dice al joven, Nelson, un antiguo colega de su padre (Franco 2018, 12). En el capítulo 4, sigue sin concretizarse, y tan solo se menciona como algo que “se ve” y aún no ha empezado (“Vengan, bájense un rato y después nos vamos a ver la Alborada”, Franco 2018, p. 27). En cambio, irrumpe con las primeras palabras del capítulo 7, afirmándose como una combinación de luz y ruido: “Las explosiones de pólvora se repiten cada vez con más frecuencia y el cielo se alumbra con destellos en una noche cargada de nubes bajas y rápidas” (Franco 2018, 37).

El elemento central de la Alborada es en efecto la pólvora. En su estudio sobre la vigencia del consumo de la pólvora en la ciudad de Medellín, Laura Victoria Manrique López y Daniela María Toro Loaiza explican que el uso y la fabricación de pirotecnia son emblemáticos de la cultura paisa. La

fabricación de pólvora en la capital antioqueña es toda una industria que se da a través de tradiciones familiares donde las nuevas generaciones aprenden de sus antecesores el arte de fabricar artefactos pirotécnicos. En Medellín se suelen quemar pirotécnicos como manifestación de alegría, como celebración o recuerdo. Son una tradición en los cumpleaños, las fiestas patronales y religiosas, los eventos futbolísticos, también en ciertas ceremonias fúnebres, y por supuesto durante las celebraciones del fin de año. El punto culminante es la Alborada y las familias que fabrican voladores o fuegos artificiales inician la producción casi un año antes (Manrique López y Toro Loaiza 2015, 33-41).

Como lo precisa el sociólogo Didier Correa en una entrevista con las dos investigadoras, se sabe “desde una tradición oral con la música, esa música guasca y carrilera, que ya había presencia de pólvora desde la época de los colonos, la colonización antioqueña” (Manrique López y Toro Loaiza 2015, 28). Introducida a principios del siglo XIX con las conquistas por unos curas españoles y algunos aficionados, la pirotecnia no fue regida por leyes antes del siglo XX y pronto se afirmó como elemento de entretenimiento popular: “la pólvora no era para las fiestas que el Estado celebraba, como la fundación de la ciudad o el día de la independencia, sino que eran fiestas espontáneas de la ciudadanía” explica Didier Correa, antes de añadir: “una fiesta popular reciente y espontánea es la Alborada” (Manrique López y Toro Loaiza 2015, 24). La novela recalca este aspecto popular de la Alborada: la ciudad está llena de gente y atascos, la pólvora revienta en todos los barrios, y ya que la ciudad de Medellín se extendió paulatinamente desde el fondo del Valle de Aburrá hasta las vertientes de los cerros adyacentes, los espectadores –en gran mayoría jóvenes– quieren todos subir hasta las comunas altas para ver el espectáculo desde arriba.

Jorge Franco insiste en la percepción pluri-sensorial que de la Alborada tiene su narrador. Se evocan primero las nubes de pólvora que cubren Medellín, con su olor tan apremiante. Parece combinar con el humo de los porros que fuman los jóvenes y que, haciéndole eco a la pólvora, invade la cabina del carro, ahogando a Larry. Sin embargo, el oído resulta ser el sentido más solicitado. Al principio se oyen detonaciones aquí y allá, pero paulatinamente, se nota una gradación en el ritmo y la fuerza de las explosiones hasta que llegue la medianoche. Así, en el capítulo 13, se puede leer:

Las detonaciones de la pólvora suenan sin pausa. Las hay secas y estruendosas, como un portazo, como un juego de ollas cayendo al piso desde una alacena. Otras se anuncian con un silbido antes de estallar, una exhalación en la noche antes de reventar con todas sus luces. Las hay altas y bajas, cercanas y distantes (Franco 2018, 63).

Algunas comparaciones como la de las ollas cayendo al piso evocan sensaciones bastante desagradables. El lector no sabe muy bien si esas imágenes le invitan a apreciar lo que sería una forma de “arte polvorero” o si, al contrario, lo hunden en la misma noche de pesadilla sonora que está viviendo el narrador.

Como si no bastara este alboroto, los neumáticos de Pedro chillan en cada curva y se insinúan en bastardillas en el texto unas frases de reguetón que difunde el autorradio del carro. Una de las amigas, apodada la Murciélagu, sube el volumen cada vez que puede para contonearse mejor en el asiento, obligando a Pedro, el conductor, a hablar “a los alaridos”. Por el vocabulario elegido por un narrador que adopta indudablemente una focalización interna, queda claro que Larry no aprecia “el bochinche del reguetón” con sus cantantes que “vocifera[n]”: “se me va a reventar la cabeza”, se queja. (Franco 2018, 64, 25, 23, 64).

Cabe notar que solo en un segundo tiempo se manifiestan la luz y el placer visual. En el capítulo 10, Larry lamenta: “Lejos y cerca se oyen explosiones aisladas de pólvora. Busco las luces en el cielo pero en el aire solo el sonido” (Franco 2018, 54). Parece que el objetivo de aquella noche es el propio ruido y que este es tan intenso que va adquiriendo corporeidad física. Mientras el narrador se desespera dándose cuenta de que “en esta noche no habrá silencio” (Franco 2018, 64), se nota como una forma de satisfacción cuando Pedro exclama, con su sonrisa canalla, “[Es] el día más hijueputa del año. Nadie duerme, ni siquiera los que se acuestan a dormir” (Franco 2018, 342). Del mismo modo todos encuentran divertida la historia de este amigo que se cayó a una alcantarilla durante una Alborada y permaneció allí toda la noche porque nadie oyó sus gritos. Y aunque ya no lo haga el grupo de amigos, pareciera que no hay nada más placentero que tirarle a la gente voladores y chorrillos, provocando así más ruido aún y asustando a los demás.

El clímax luminoso llegará a las doce, cuando “el cielo de Medellín se conviert[a] en día” (Franco 2018, 107) y por fin se unan luz, colores y ruido como en una apoteosis: “El ruido aturde y sacude el suelo, la noche se pone blanca, rola y plateada. Medellín es un castillo de juegos pirotécnicos que ha estallado por los aires” (Franco 2018, 107). Pero antes de este clímax, se va haciendo presente la luz mediante una imagen a la cual recurre el autor de manera reiterada, la del volcán. La comparación aparece, tímida, en el capítulo 13: “Desde el cerro también están echando voladores. Se ve como un volcán brotando sus primeras chispas” (Franco 2018, 66). Poco a poco se consolida el paralelismo: “Miles de luces explotan en el cielo de Medellín, de extremo a extremo, como si todo el valle hubiera hecho erupción. Como si toda Medellín fuera un volcán”, observa el narrador en el capítulo 19 (Franco 2018, 94). La última frase de esta cita, mera subordinada sin proposición principal, añadida después de un punto que pudiera pensarse final, refuerza el

aspecto superlativo de la descripción, dándole a ver al lector la admiración que Larry no puede evitar sentir frente a la desmesura de tal espectáculo. Al final del mismo capítulo, el joven sigue como fascinado: “Afuera veo el cielo anaranjado y, abajo, la incandescencia. [...] Recuesto la cabeza en el espaldar y otra vez miro hacia fuera, hacia abajo, hacia ese cráter humeante que está a punto de explotar” (Franco 2018, 96).

La imagen del volcán se impone por la geografía del lugar, siendo Medellín una ciudad hundida entre un círculo de cerros, y se ve reforzada por el humo que de allí escapa con tantos voladores y pirotecnia. No obstante conlleva una violencia oculta, una amenaza solapada con este fuego que está por derramarse en la ciudad. La fiesta de luces pirotécnicas parece poder convertirse en una fiesta de fuegos destructores, y no hay mejor imagen que la de este volcán si pensamos en el importante número de incendios, de personas quemadas o matadas a tiros, que se registran cada año durante la Alborada.<sup>2</sup> Y es que esta violencia también parece indisociable de los orígenes de esta fiesta.

### Los turbios orígenes de la Alborada

Si la pólvora es una tradición antioqueña desde hace más de un siglo, tal no es el caso de la Alborada que, aunque lo sepan pocos medellinenses, tan solo se remonta al año 2003. La muerte de Pablo Escobar y la caída del cartel no terminaron con la violencia en la ciudad. Después de 1993, el control de Medellín quedó en manos de una asociación de paramilitares y mafias, conchabada con la estructura paraestatal de las AUC.<sup>3</sup> Las bandas locales se sometieron a su cabeza visible, Diego Fernando Murillo Bejerano, alias ‘Don Berna’, el cual negoció con el Estado el 25 de noviembre de 2003, la desmovilización de uno de los bloques urbanos, el Bloque Cacique Nutibara. Como lo explica detalladamente la agencia de prensa Análisis Urbano, la entrega de armas fue parcial y para celebrar esta falsa desmovilización, juntaron en diferentes comunas de la ciudad que estaban bajo su control un arsenal de pólvora que detonaron en la madrugada del primero de diciembre, como una demostración del poder que seguían teniendo. Desde aquel entonces, e incluso después de la extradición de Don Berna hacia los Estados Unidos en el 2008, se perpetuó como una nueva tradición lo que Análisis Urbano llama con tino “esta celebración del triunfo de la paratranquilidad urbana” (Análisis Urbano 2014).

Este tipo de celebración no era una novedad: tales prácticas se hicieron comunes en tiempos del cartel de Medellín. El propio narrador no puede evitar el paralelismo, subrayando desde el inicio de la novela el hecho de que la Alborada parezca prolongar las costumbres narcos, en particular la de derrochar dinero para reventar el cielo a tiros, de ahí el título de la novela:

Sin importar como sean [las detonaciones], todas son dinero que se quema en unos segundos, que le produce un placer infinito a quién lanza la pólvora. La misma euforia que sienten los que echan tiros al aire. Muchas veces vi a Libardo y a sus amigos reventar el cielo a tiros para celebrar cualquier cosa. Un cargamento coronado, un buen negocio, una ley que pasó en el Congreso para favorecerlos, o la muerte de alguien que estorbaba en otro bando (Franco 2018, 63).

De hecho, Pablo Escobar murió el 2 de diciembre de 1993 después de una cacería en la que participó Don Berna,<sup>4</sup> así que no resultaría estrafalario pensar que la celebración del 1 de diciembre de 2003, precisamente diez años más tarde, pudiera ser también una ceremonia conmemorativa de la victoria de Don Berna y del definitivo traspaso de poder de uno a otro jefe.

La acción de *El cielo a tiros* se desarrolla en el año 2005 y parece que la gente tiene escasa o mala memoria porque la Alborada, con tan solo dos años de vida, ya tiene pinta de fiesta popular y tradicional.<sup>5</sup> La desmesura de ruido y luces va pareja con el frenesí y los excesos de los participantes. La ciudad entera parece embriagarse con un cóctel de pólvora, alcohol, droga y aun sexo. Así en el capítulo 25, el narrador constata:

La música cambia en cada carro y lo que se oye, en medio de las explosiones, es una mezcla de ritmos, un ruido atosigante. Las botellas de aguardiente siguen pasando de boca en boca. Los porros circulan de mano en mano y no falta el que haga detonar algo a los pies de un corrillo. Una mujer borracha, con voz de niña pero pintorreteada, me dice, si me das un pase te la chupo (Franco 2018, 119).

Los festejos que acogen el mes de diciembre se parecen mucho a las celebraciones del año nuevo. Tienen un mismo aspecto ritual y colectivo, permiten dar rienda suelta a todas las envidias, expulsar todas las tensiones o frustraciones, lo que no deja de hacer pensar en las teorías del antropólogo James George Frazer según el cual, para aceptar los ciclos de la naturaleza y domar los miedos que aquellos engendran, los pueblos siempre han necesitado de ritos y símbolos.<sup>6</sup> La Alborada en Medellín cobra una dimensión casi religiosa, sagrada, o por lo menos así lo sugiere la novela cuando Pedro exclama, “extasiado: –Bendita sea la Alborada” (Franco 2018, 37). Pero al mismo tiempo se afirma como una fiesta pagana muy parecida a la del carnaval: cambio de estación para una, cambio de año para otra. Ambas tienen como héroe o protagonista principal el tiempo, ese tiempo que, según Mijaíl Bajtín, “derroca, ridiculiza y provoca la muerte de todo el viejo mundo (el viejo poder, la vieja verdad), para al mismo tiempo dar a luz a uno nuevo” (Bakhtine 1970, 208).<sup>7</sup>

Pero ¿qué cambio de ciclo celebrarían entonces los jóvenes medellinenses? Para una generación que anhela conocer otra realidad que esta sociedad en la cual le tocó crecer, ¿no se trataría de festejar, consciente o inconscientemente, el fin de los carteles, el fin de una era de violencia que hundió el país en el miedo y el terrorismo? ¿Qué ironía cuando conocemos el origen de esta fiesta que, por cierto, diversas organizaciones tales como la ONG Corpades (Corporación para la paz y el desarrollo social) proponen rebautizarla ‘la Alborada Mafiosa’ (Análisis Urbano 2014)!

El narrador, sin embargo, nunca ha vivido una Alborada ya que tuvo que exiliarse en 1993, al sentir su vida amenazada después de la desaparición de su padre. Uno de los aspectos más impactantes de la novela es precisamente que, al descubrir la ciudad a través de sus ojos, el lector se siente tan perdido como él, y se hace las mismas preguntas: “¿Y esto siempre es así o solo hoy?”; o más adelante, “–Hoy es la Alborada / –¿Y eso qué es? (Franco 2018, 40 y 342). Sin embargo, hay un aspecto que va a conmover a Larry, aunque se muestre desorientado o hasta reacio frente a las festividades, un aspecto que diferencia esta fiesta de las otras celebraciones decembrinas: se trata de la dimensión identitaria de la Alborada. Cuando suenan las doce, “la gente en los miradores boga aguardiente a pico de botella, saltan y gritan, se trepan a los techos de los carros para gritar más fuerte, y no faltan los que entonan el himno antioqueño” (Franco 2018, 107): la Alborada es un particularismo regional que claramente une a estos jóvenes, recalando para ellos una forma de orgullo patriótico, pero un orgullo paisa, es decir antioqueño. Al oír el canto, el narrador no puede evitar sentirse emocionado, precisando como para justificarse frente a un espectáculo que en el fondo ni entiende ni avala: “tal vez es el tiempo que estuve lejos, los años en que no tuve patria” (Franco 2018, 107).

Jorge Franco mantiene una forma de suspenso al develar el origen de la fiesta tan solo en la página 186, cuando Julio, el hermano de Larry, intenta explicarle que la Alborada fue un invento de un tal Berna, antiguo amigo de su madre: “Se armó una guerra de combos, los de Berna contra los de Doble Cero, toda una matazón que terminó en celebración con pólvora, un 30 de noviembre” (Franco 2018, 186). Vemos aquí que el escritor se toma licencias con la historia y los verdaderos orígenes de la fiesta, pero sí deja claro en boca de Julio que la Alborada que hoy se celebra no es más que una farsa hipócrita: “Y ahora la celebran dizque para darle la bienvenida a diciembre, parranda de güevones” (Franco 2018, 186). Quizás lo más interesante de esta revelación sea la incompreensión total de Larry que no deja de repetir: “No entiendo”; “Ni idea”; “No entendí nada” (Franco 2018, 186). El narrador podría ser la perfecta encarnación de estos jóvenes que celebran la Alborada sin querer ver ni entender su dimensión mafiosa. Pero más que todo, resulta ser la encarnación del desexilio tan caro a Mario Benedetti (Benedetti 1984), de estas personas que decidieron abandonar su país o se vieron obligadas a hacerlo. No cambia nada que se trate

de oponentes políticos o, como aquí, de hijos de narcotraficantes: todos, cuando vuelven, se chocan de frente con una nación que ha cambiado y que les cuesta reconocer o entender, y tienen que lidiar con este dolor y esta sensación de haberse vuelto un extranjero en su propio país. Pero ¿será tan distinto este país? Nos lo podemos preguntar cuando vemos la violencia que en la novela acompaña la Alborada, o que incluso tal vez se prolonga en ella.

### La Alborada, o una continuidad de la violencia

En *El cielo a tiros*, la violencia de la celebración se manifiesta bajo distintas formas y con diferentes tipos de víctimas. La novela le permite a Jorge Franco hacerse eco de las voces que se levantaron hace años para denunciar ciertas consecuencias nefastas de la Alborada. Así la pólvora es una fuente más de contaminación ambiental, en una Medellín que ya sufre todo el año de polución, por quedarse los humos de los carros o de las fábricas estancados en el fondo del valle de Aburrá. Los fuegos artificiales o globos de mecha incandescente ocasionan cada año quemaduras graves en adultos y niños, y hasta pueden engendrar incendios forestales.

Las múltiples detonaciones de la Alborada afectan también la vida animal. Santiago Pérez del AMVA (Área Metropolitana del Valle de Aburrá) explica que, durante la Alborada, por culpa del excesivo ruido y de los destellos, “los animales, tanto silvestres como domésticos, se desorientan, sufren infartos, huyen de sus hábitats. Perros, gatos, zorros y zarigüeyas son atropellados, miles de aves mueren quemadas y la atención de emergencias veterinarias colapsan” (El Colombiano, 2024). Estas problemáticas se traslucen en la novela con el desolador espectáculo que descubre Larry en la mañana del primero de diciembre, con cadáveres de animales tratados sin miramientos, tal como pasó con el de su padre –y los de tantos muertos durante la época del cartel–:

En la calle, empleados de las Empresas Públicas recogen los estragos de la Alborada. Los palos de los voladores, mechas de globos, restos carbonizados de pólvora, botellas de aguardiente, bolsas de comida, condones, zapatos y pájaros muertos. [...] Los que recogen la basura lanzan un par de perros muertos al carro recolector. Perros callejeros que no aguantaron la batalla de anoche y que al verlos caer sobre los escombros me hacen pensar en Libardo botado en un basurero (Franco 2018, 201-202).

La novela se abre también con manifestaciones de protesta en contra de la Alborada: cientos de personas que desfilan por las calles con paraguas, invocando la lluvia, siendo ella la única que podría arruinar la celebración y contrarrestar sus consecuencias. Estas manifestaciones sí existieron en la

realidad, pero solamente a partir del 2014 bajo la impulsión de Sergio Restrepo, director del teatro Pablo Tobón Uribe.<sup>8</sup> Jorge Franco decidió retomar el motivo de manera anacrónica, cambiando algunos detalles. Así los manifestantes no llevan sombrillas multicolores como ocurrió en la realidad, sino paraguas negros, y el ambiente no es festivo, con orquestas, mimos, malabaristas y cantantes, sino fúnebre: “Solo se oyen los pasos sobre el pavimento. Ni una arenga, ni un murmullo. Un silencio más potente que cualquier protesta” (Franco 2018, 51). Este silencio reforzado por las frases nominales muy cortas le confiere al relato una gravedad y un dramatismo que impresionan tanto al lector como al espectador, e invitan ya desde el principio de la novela a cuestionar la legitimidad y la sensatez de la Alborada.

Evidentemente, la violencia también va dirigida contra las personas, en particular con los lanzamientos de voladores. Así, una de las chicas, la Murciélaga, suelta un alarido cada vez que estalla uno cerca del carro. Pero la agresión y el susto son idénticos para los que no participan en la fiesta y se han quedado en casa. Así, cuando por fin llega al piso de su madre y puede hablar con ella, Larry comenta “un volador pasa rozando la ventana y el chispero nos hace saltar de la silla” (Franco 2018, 155), y unos minutos después, “otra ráfaga sacude la mañana de este primer día de diciembre. [...] A esa ráfaga se le pega otra, y luego suenan otra y muchas más, como si la proximidad del amanecer retara a los que no quieren que la fiesta se acabe” (Franco 2018, 158). ¿Cómo no tener aquí la impresión de estar reviviendo las escenas de terror de algunos años atrás, cuando se escuchaban los disparos y las deflagraciones de las bombas del cartel, y cualquier bala perdida podía colarse por una ventana de la casa? Así lo vive también el narrador porque a la frase anterior agrega: “O como si el mismo Libardo, de apostá, hubiera decidido volver en una noche de pólvora” (Franco 2018, 158).

La Alborada también parece suscitar comportamientos violentos o agresivos en la gente. El echar explosivos no es una práctica inocua. Pedro le cuenta al narrador cómo metieron voladores en dos apartamentos:

A una pobre vieja la tuvieron que llevar de urgencia al hospital con una taquicardia severa [...] Estaba viendo televisión, el volador le entró por la ventana y le explotó sobre la cama. [...] Nos botamos por un barranco y nos escapamos pero en Teleantioquia y en *El Colombiano*, hablaron de la señora y dijeron que casi la mata el susto” (Franco 2018, 40).

La anécdota podría asemejarse a una mera broma de colegiales, pero las repetidas carcajadas de los jóvenes y sus aplausos, descritos detalladamente aunque sin juicio personal por el narrador, le ponen incómodo al lector, dejando claro que ni con la distancia temporal los amigos se dan cuenta de

la violencia inherente a su gesto, o que tampoco imaginan que el desenlace hubiera podido ser más trágico.

A lo largo de la noche, la violencia de las explosiones parece contagiosa y se traduce en los protagonistas por una agresividad creciente. El mismo Pedro, que se reía de sus propias hazañas, no soporta que le tiren al carro un volador que, según él, le hubiera podido desfigurar la cara. Empieza entonces una escena de persecución por las calles atacadas de Medellín, ritmada por las vociferaciones, insultos y amenazas del joven, quien considera que están “en plena guerra” (Franco 2018, 95). La palabra suena muy exagerada en tal contexto, para el narrador como para el lector, pero su uso muestra hasta qué punto la noción de guerra ha llegado a formar parte de la vida cotidiana y de la normalidad de esos jóvenes nacidos a mediados de los 70. La persecución y la sed de venganza recuerdan algunos de los métodos que usaron en su momento los narcos. Al fin y al cabo, la figura de Pedro, joven de familia mediana o acomodada y aparente líder del grupo de amigos, no dista tanto de la de los jefes barriales que reinaron sobre las comunas. Al ponerle el mote de ‘Pedro el Dictador’ y al representarle amenazando a los que le aguan la fiesta gritándoles “en mi dictadura les van a llover balas, maricones” (Franco 2018, 51), sin duda Jorge Franco quiso dar a reflexionar sobre el fuerte arraigo de unos esquemas y jerarquías sociales en Colombia —y quizás en particular en Antioquia—. También nos lleva a cuestionarnos sobre la reproducción de unos comportamientos violentos heredados de los narcos —así como seguramente de todos los periodos violentos anteriores que conoció el país—. Después de doce años de exilio, la Medellín que descubre Larry en esa noche de Alborada no le parece muy diferente de la que abandonó en 1993: “Volará Medellín en pedazos una vez más, así como voló cuando Escobar y sus secuaces, entre ellos Libardo, la levantaron de sus cimientos y la dejaron patas arriba” (Franco 2018, 37).

Un mismo balance se trasluce detrás de las impresiones que comparte Larry con el lector. Si sus años de exilio lo alejan de sus compañeros de la infancia, también le proporcionan una forma de clarividencia que ellos no tienen. En el contexto de la Alborada, él también se deja sumergir por la agresividad: cuando “un imbécil” le suelta un chorrillo entre los pies, lo agarra de la camisa gritándole en la cara “¿qué le pasa, hijueputa, [...] a mí no me joda con sus salvajadas” (Franco 2018, 110). Pero ¿quién el más salvaje en aquel momento? ¿El que se divierte lanzando el volador o el que agrede al culpable? La toma de conciencia de esta violencia aparentemente intrínseca a todo colombiano —que se haya exiliado o no— es amarga para el joven. A la pregunta ¿por qué siguen quemando pólvora?, Larry tiene su propia respuesta: “porque están locos, pienso, porque seguimos enfermos. Esa pólvora no es más que balas solapadas, un culto a nuestras guerras” (Franco 2018, 153). Realista, el narrador se autocorrigió usando la primera persona del plural: sabe que no puede excluirse de esta violencia que, generación tras generación, se transmite

como una enfermedad genética nacional, y las explosiones de la Alborada presentadas como un “virus que se propaga cada minuto” son tan solo una manifestación más de esta dolencia. La palabra ‘culto’ es más severa aún, ya que parece presentar a los colombianos, o bien como fanáticos que se complacen en esta religión de la violencia, o bien como ciegos o ingenuos adoctrinados.

Frente a esta juventud a la que pertenece pero ya no entiende, Larry deplora su empobrecimiento cultural, así como su falta de perspectiva, de mirada crítica o de compromiso social, político, o intelectual para que cambien las cosas. Consta desengañado que la Medellín pos-cartel que descubre, es una ciudad “convertid[a] en destello”, donde “el olor y el ruido de la pólvora, la bulla de los borrachos y el sonsonete de las canciones que no dicen nada y lo dicen todo, dicen lo poco que somos, en lo que nos hemos convertido: en un reguetón monótono y vacío, misógino y violento, un culto a la nada” (Franco 2018, 317).

Como para corroborar esta visión pesimista, su última experiencia de la Alborada será quizás la más violenta y trastornadora de todas. Siguiendo a pesar suyo a unos amigos que no parecen querer llevarlo a casa sino que recorren con su carro toda la ciudad, Larry termina en una casa privada donde se celebra una fiesta. En uno de los cuartos, descubre a unos jóvenes que están observando en silencio a una familia amordazada y atada de pies y manos. En un primer momento, piensa que se trata de un *performance* algo raro y “refinado”, y por los llantos apagados o el terror que emana de las miradas, la escena le parece “conmovedora” (Franco 2018, 347).

No obstante, acaba dándose cuenta de que no son actores, sino los propietarios de la casa que han sido secuestrados. “Un momento. ¿Qué hace una niña tan pequeña en un performance? / ¿Qué está pasando? ¿Quiénes son esos? [...] ¿Son actores? [...] ¿No es un show?” (Franco 2018, 347-348): la multiplicación de preguntas que hace en estilo directo e indirecto libre marca tanto su incompreensión como su horror frente a un espectáculo inaguantable:

Seis personas amarradas, ultrajadas, botadas como bultos en el piso. La niña me mira como si supiera que no entiendo nada. Sus ojos hinchados y lagrimosos me contagian el terror que expresan. [...] La familia se sacude en el piso como lombrices de tierra, gimen en coro, aúllan y, aunque no se les entiende, es claro lo que suplican (Franco 2018, 348).

La serie de participios pasados que describen los maltratos sufridos, la presencia de la niña en tal contexto, la despersonalización (“bultos”) y la animalización de los dueños (“aullar”, “lombrices” impotentes sin manos ni pies) manifiestan una voluntad de humillar. Recalcan el horror de la escena y la crueldad tanto de los que la propiciaron como de

los que la presencian ahora sin rechistar. De nuevo se impone la similitud con las tradiciones del carnaval. En efecto, la escena no puede sino recordar los maltratos tradicionalmente infligidos al denominado “rey del carnaval”: este suele ser un monigote de tela o de papel al que la gente tira todo tipo de objetos o sustancias, pegándole, insultándolo, antes de quemarlo o decapitarlo. Mijaíl Bajtín explica que los insultos contra el rey del carnaval “deja[n] al descubierto la otra cara del insultado, su verdadero rostro; el insulto lo despoja de sus galas y de su máscara: el insulto y el golpe destronan al soberano” (Bakhtine 1970, 199). Aquí, sin embargo, no hay insultos; tan solo un tremendo silencio entrecortado por los gruñidos de una víctima ultrajada cuando un “invitado se acerca a la familia y le escupe al hombre mayor, el que hace de padre, o que no se hace sino que lo es” (Franco 2018, 348). Pero el proceso es idéntico al del carnaval, con un silencio que parece mucho más potente que una avalancha de insultos, y cuya dimensión despreciativa culmina en el escupitajo.

Larry termina huyendo de la casa con su amiga la Murciélaga, la cual apoya y justifica esa acción ideada por un tal Lázaro –al que califica de profeta–. Según ella, los dueños de la casa son la sociedad de consumo y tienen que pagar por eso: “les obligamos a que nos miren mirándolos, les escupimos en sus cochinas caras por arrogantes. [...] Si no fuera por estas fiestas, esa gente se quedaría sin castigo” dice la chica (Franco 2018, 348). Volviendo a la frase de Bajtín, los soberanos aquí despojados de su gala y de su máscara por los jóvenes medellinenses serían entonces los representantes de una clase pudiente erigida en verdadero chivo expiatorio. El presente utilizado por la Murciélaga deja intuir que no es la primera vez que la muchacha participa en semejante espectáculo, sino que se trata de una verdadera “campana justiciera”. Detrás de sus palabras se vislumbra una eterna lucha de clase y la misma cruel sed de revancha que marcaron la historia colombiana del siglo XX. Como lo explica René Girard, el mecanismo del chivo expiatorio “constituye uno de los mayores procedimientos, quizás el procedimiento único gracias al cual los hombres logran expulsar la verdad de su violencia, el conocimiento de la violencia pasada que envenenaría el presente y el futuro si no consiguieran librarse de ella, volcándola toda en un culpable único” (Girard 1972, 126). La Colombia de la novela, tal Lázaro, acaba de resucitar y, sin embargo, está muy alejada de los ideales bíblicos; al contrario, reproduce los métodos y torturas de tiempos anteriores, y parece mostrar más signos de degeneración que de renacimiento. Este episodio pone así de realce el aspecto cíclico de la violencia, corroborando lo que escribió Wolfgang Sofsky respecto a la eterna e ineluctable alternancia de las formas de violencia en el funcionamiento de cualquier sociedad:

Al estado de naturaleza, le suceden la dominación, la tortura y la persecución; el orden conduce a la revuelta y a la matanza festiva. [...] La violencia sigue siendo omnipresente. Su reinado es coextensivo con la historia de la raza humana, de principio

a fin. La violencia crea el caos y el orden crea la violencia. Este dilema es insoluble. Basado en el miedo a la violencia, el propio orden crea miedo y violencia (Sofsky, 12).

Un taxista de *El cielo a tiros* –digno filósofo callejero–, asegura que, en Medellín, o quizás en Colombia, “nos han faltado güevas para llamar al pan, pan y al vino, vino. Y una sociedad, cualquiera que sea, si no es capaz de hacerse un examen de autocrítica, es una sociedad fallida” (Franco 2018, 294). A esta autocrítica contribuye indudablemente Jorge Franco con esta novela en la que la Alborada dista mucho de ser un mero telón de fondo. Excesiva, improbable o catártica, esta celebración aparece como un perfecto reflejo de la sociedad colombiana de finales del siglo XX representada en la novela con sus excesos, sus paradojas y la sombra omnipresente de sus viejos demonios. La Alborada es el detonante por el cual Larry sentencia: “Tantos años, tanto tiempo, para

que todo siga igual. [...] Una ciudad que repite su historia, un país inviable que marcha hacia atrás, un planeta de odio y guerras” (Franco 2018, 239).

Conjugada con una voz narrativa distanciada, la Alborada se afirma como elemento fundamental para cumplir uno de los papeles de la literatura que, según comentaba el escritor en una entrevista publicada por la revista *Semana*, han sido constantes a lo largo de la historia: “poner el dedo en las fisuras del comportamiento humano, en dónde hemos fallado” (Quintero, 2018). Así esta celebración aparece como una fisura en la cotidianidad durante la cual todo estaría permitido, una fisura temporal que nos devuelve irremediadamente a los años del cartel de Medellín y a muchos años anteriores marcados por una violencia casi endémica, y más que todo, una fisura memorial para un pueblo que no parece aprender del pasado y, como los jóvenes de *El cielo a tiros*, prefiere borrar antes que recordar.

### Obras citadas

- Análisis Urbano. 2014. «Medellín, ¿Santuario de la alborada mafiosa?», 27 de noviembre de 2014. <https://analisisurbano.org/medellin-santuario-de-la-alborada-mafiosa/>.
- Bakhtine, Mikhail. 1970. *L'œuvre de François Rabelais et la culture populaire au Moyen Âge et sous la Renaissance*. Bibliothèque des idées 68. Paris: Gallimard.
- Benedetti, Mario. 1984. *El desexilio y otras conjeturas*. Madrid: Ed. El País.
- Carvajal Bolívar, Sebastián. 2022. «Alborada en Medellín: 8 homicidios y 6 quemados en bienvenida a la Navidad». *El Tiempo*, 1 de diciembre de 2022. <https://www.eltiempo.com/colombia/medellin/alborada-en-medellin-8-homicidios-y-6-quemados-en-bienvenida-a-la-navidad-722362>.
- Franco Ramos, Jorge. 2006. *Rosario Tijeras*. Barcelona: Mondadori.
- . 2018. *El cielo a tiros*. Barcelona: Alfaguara.
- Frazer, James George. 1983. *Le rameau d'or*. Traducido por Nicole Belmont y Michel Izard. Vol. 3. Paris: Robert Laffont.
- García Pérez, Patricio. 2021. *Historia de las Autodefensas Unidas de Colombia*. Santiago de Chile: LOM.
- Girard, René. 1972. *La violence et le sacré*. Paris: Hachette.
- Manrique López, Laura Victoria, y Daniela María Toro Loaiza. 2015. «La vigencia del consumo de la pólvora en la ciudad de Medellín». Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.
- Murillo Bejarano, Diego Fernando. 2014. *Así matamos al patrón: la cacería de Pablo Escobar*. Bogotá: Icono Editorial.
- Quintero, Gerardo. 2018. «“Colombia no ha roto con la mentalidad mafiosa”, una charla con Jorge Franco». *Semana*, 23 de octubre de 2018. <https://www.semana.com/web/articulo/jorge-franco-escritor-nuevo-libro-el-cielo-a-tiros/673/>.
- Secretaría de Salud. 2021. «Con multas de hasta un millón de pesos serán sancionados quienes fabriquen, distribuyan, comercialicen y usen pólvora en Medellín». *Página oficial de la Alcaldía de Medellín*, 30 de noviembre de 2021. <https://>

[www.medellin.gov.co/es/sala-de-prensa/noticias/con-multas-de-hasta-un-millon-de-pesos-seran-sancionados-quienes-fabriquen-distribuyan-comercialicen-y-usen-polvora-en-medellin/](http://www.medellin.gov.co/es/sala-de-prensa/noticias/con-multas-de-hasta-un-millon-de-pesos-seran-sancionados-quienes-fabriquen-distribuyan-comercialicen-y-usen-polvora-en-medellin/).

Sofsky, Wolfgang. 1998. *Traité de la violence*. Paris: Gallimard.

*Semana*. 2014. «Con sombrillas se oponen a la alborada por su origen paramilitar», 29 de noviembre de 2014. <https://www.semana.com/nacion/articulo/medellin-con-sombrillas-se-oponen-la-alborada-de-origen-paramilitar/410757-3/>.

*El Colombiano*. 2024. «¡Ojo! Estas son las múltiples afectaciones que se registran por la pólvora en el inicio de la temporada decembrina en el Valle de Aburrá», 30 de noviembre de 2024. <https://www.elcolombiano.com/antioquia/alerta-en-el-valle-de-aburra-afectaciones-por-polvora-en-alborada-decembrina-LL25956397>.

---

### Notas

1. El Día de las Velitas se celebra el 7 de diciembre y echa raíces en la tradición católica: se presenta como una vigilia antes de la fiesta de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, cuyo dogma fue promulgado por el Papa Pío IX (1792-1878), el 08 de diciembre de 1854. La Novena de Aguinaldos fue inicialmente una oración creada por el franciscano Fray Fernando de Jesús Larrea (1700-1773) y rezada durante los nueve días que precedían la Navidad, del 16 al 24 de diciembre. Ahora se ha convertido en un evento social que celebran las familias saliendo a los parques o centros comerciales, a cantar villancicos y disfrutar juntos.
2. Sobre este aspecto, se puede consultar por ejemplo el balance que propone el periódico *El Tiempo* después de la Alborada de 2022 (Carvajal Bolívar, 2022).
3. Las Autodefensas Unidas de Colombia (1997-2006) fueron una organización de extrema derecha que reunió a varios grupos paramilitares preexistentes con el fin de luchar contra las guerrillas y disidencias colombianas, objetivo por el cual recibieron el apoyo de varios políticos, empresarios, militares, etc. Sobre las AUC, consultar *Historia de las Autodefensas Unidas de Colombia* (García Pérez, 2021).
4. Desde su cárcel estadounidense, Don Berna –como tantos– publicó su versión de la persecución de Pablo Escobar (Murillo Bejarano, 2014).
5. Sobre este punto, y sabiendo que Jorge Franco escribió el libro a posteriori, sería interesante averiguar si tal era efectivamente el caso.
6. El antropólogo escocés desarrolló sus teorías estudiando en particular el carnaval como fiesta que marca el cambio de estación y el nacimiento de un nuevo ciclo de vida (Frazer, 1983).
7. Las citas de Mijaíl Bajtín (así como las de René Girard o Wolfgang Sofsky) fueron traducidas del francés al español por la autora del artículo.
8. Sobre este tema, véase el artículo de *Semana*. “Con sombrillas se oponen a la alborada por su origen paramilitar” (Semana, 2014). Aquel año, por primera vez, la Alcaldía de Medellín reconoció que la Alborada era una actividad ilegal, y desde hace varios años ya, publica cada mes de noviembre un decreto que prohíbe la fabricación, la comercialización, la distribución y la utilización de cualquier artefacto que tenga pólvora. Las multas que pueden alcanzar un millón de pesos (Secretaría de Salud, 2021) no logran, sin embargo, desanimar ni a las numerosas industrias pirotécnicas clandestinas de la ciudad ni a los más fervientes adeptos de voladores o fuegos artificiales.